Chocolate con avellanas

Dimitriu, George

María caminaba por el espeso y fresco bosque, con la sangre todavía burbujeando. Habían pasado dos días desde su partida, impulsada por la revuelta. *¿Cómo puedo dejarme controlar por la tecnología? ¿Que la Inteligencia Artificial sepa qué estoy haciendo en cada momento, qué quiero en cada momento, qué estoy pensando en cada momento?*

La gota que había llenado el vaso había sido la del chocolate. *¡Me gustaría comer un chocolate con avellanas!* había pensado en voz alta y luego desbloqueó su teléfono para leer sus correos electrónicos. En la pantalla se reproducía un anuncio que mostraba una barra de chocolate gigante con avellanas. El miedo había distorsionado los bellos rasgos de su rostro, que luego se dejó invadir por la ira. *No, no quiero vivir en un mundo que me controle como a un peón.* Sus ojos azules brillaron. Mira alrededor de la habitación con enojo, solo para ser sorprendida por el calendario colgado en la pared: 13 de agosto de 2028. *¿A qué hemos llegado? ¿Qué le está pasando a la humanidad?*

Después de un día y una noche de meditación, tomó la decisión de cambiar su vida. Se desprenderá de ese cordón umbilical y hará su propio camino. De todos modos no tenía a nadie y sus 32 años le dieron confianza y esperanza. Sabía de una cabaña abandonada en una zona apartada, por lo que decidió mudarse allí. La restaurará y vivirá en plena naturaleza, exactamente co-

mo quiere. ELLA, no otra persona. Ahora caminaba, veloz como un ciervo, a través de la espesura protectora, aunque llevaba algo de equipaje. No mucho, ya que sólo había cogido lo necesario.

La IA hizo un recuento diario de los primates que la habían creado. Faltaba uno. Lo identifica fácilmente. Mujer, rubia, alta, ojos azules. Quería un chocolate con avellanas. Y luego desapareció. Se había desconectado. Toma la decisión de enviar a la Policía de Internet para solucionar el problema.

El teniente Arthur se acarició el bigote castaño y maldijo mentalmente: *¡Maldita sea! Otro fugitivo.* Luego dijo en voz alta:

–Vamos chicos, desplieguen el dispositivo de caza.

Los soldados formaron un semicírculo; a los de los bordes se les habían unido los perros lobo que habían olfateado los aposentos de María. Arthur miró su pequeño dispositivo, que le mostró el área probable en la que estaría el fugitivo, y cuando se acercó, ordenó:

–Deja ir a los perros.

Los animales corrieron por los claros y al cabo de un rato se escucharon los gritos desesperados de una mujer.

María fue conducida a la Sala de Reeducación, donde le colocaron un dispositivo de realidad virtual para aclarar su cerebro. Iba a pasar allí unas semanas dolorosas, pero cuando saliera podía estar segura de que ni siquiera sabría en qué año estaba.